

Cubada Grande



Cubada Grande

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

Antonio Machado

*Algún día me gustaría abrir una vía, dejar caer una gota de
agua desde la cumbre y que su trazado coincidiera con la línea por la
que yo subí.*

Emilio Comici

Bajo por La Canal que separa el Castro Valnera de la Cubada Grande como si me hubieran salido alas en las botas. O por lo menos es la sensación que tengo al cruzarme con varios grupos de montañeros que se arrastran, cansinamente, a esta hora en dirección a El Collado. Con el último grupo de auténticos domingueros que me he cruzado está claro que me separa un mundo. Las manos en los bolsillos, quizás las mantengan calientes si no se llevan guantes, pero en el caso, bastante probable calzando deportivas y zapatitos de tacón, de tener un resbalón en la nieve, aseguran un aterrizaje de cara o en el mejor de los casos de culo. Les he dejado atrás como una exhalación ya que tengo un horario que cumplir y no estoy en disposición de

perder tiempo confraternizando con pisa-nieves. El plan se está cumpliendo al minuto y voy a llegar a Bilbao a hacerme la resonancia a la hora prevista.

Estoy que no entro en mí de satisfacción. Acabo de trazar lo que podría ser mi primera vía. Perdón digo mal. La que la traza es la nieve cada vez que viste los encantos de este gigantesco trapecio que es la cara norte de la Cubada Grande.

Fue hace dos semanas cuando la vi dibujada por primera vez. Acababa de salir de una variante del corredor NE -"El Tubo"- del Castro Valnera y al salir al caos de hoyos que se extienden por sus faldas, la poca nieve que quedaba en la umbría marcaba un reguero que caía a plomo desde el mismo buzón de la Cubada Grande. Ha resultado, incluso, bastante más fácil de lo que a priori parecía en las fotos de hace tres semanas, cuando una generosa nevada cubría toda la cara norte. No he tenido que esperar mucho a otra nueva nevada para venir a echarle un ojo.

Esta madrugada, siendo todavía de noche, he tenido la sensación de que el zorro que suele salir corriendo al ser asustado por los faros del coche, hoy lo había hecho más pausadamente. Va a llegar un fin de semana en que se quedará en el arcén mirando como paso o que si no aparezco me echará en falta.

La nevada estaba demasiado reciente como para que se hubiera compactado en su totalidad, y ha habido un momento en que me he quedado con ganas de volver a por las raquetas al coche, que tengo aparcado en la antigua cubeta glacial del valle del Bernacho. La cosa se ha complicado un poco más arriba, cuando la niebla que era arrastrada desde el valle del Pas por el viento del oeste ha empezado a bajar por donde yo subía. La pared y con ella la vía se desdibujaba según me aproximaba hasta ser tragada por una uniforme lechada. No ha habido más remedio que subir hasta El Collado y desde allí bajar la distancia que aproximadamente recordaba había hasta el pie de vía. Saber que me encontraba en El Collado ha sido relativamente fácil: al llegar a él se concentraban todos los vientos que llegaban de



Cantabria. Encontrar el inicio de la vía ha supuesto ir casi a tientas por la pared hasta llegar al único punto débil que se podía encontrar más o menos en la vertical del buzón.

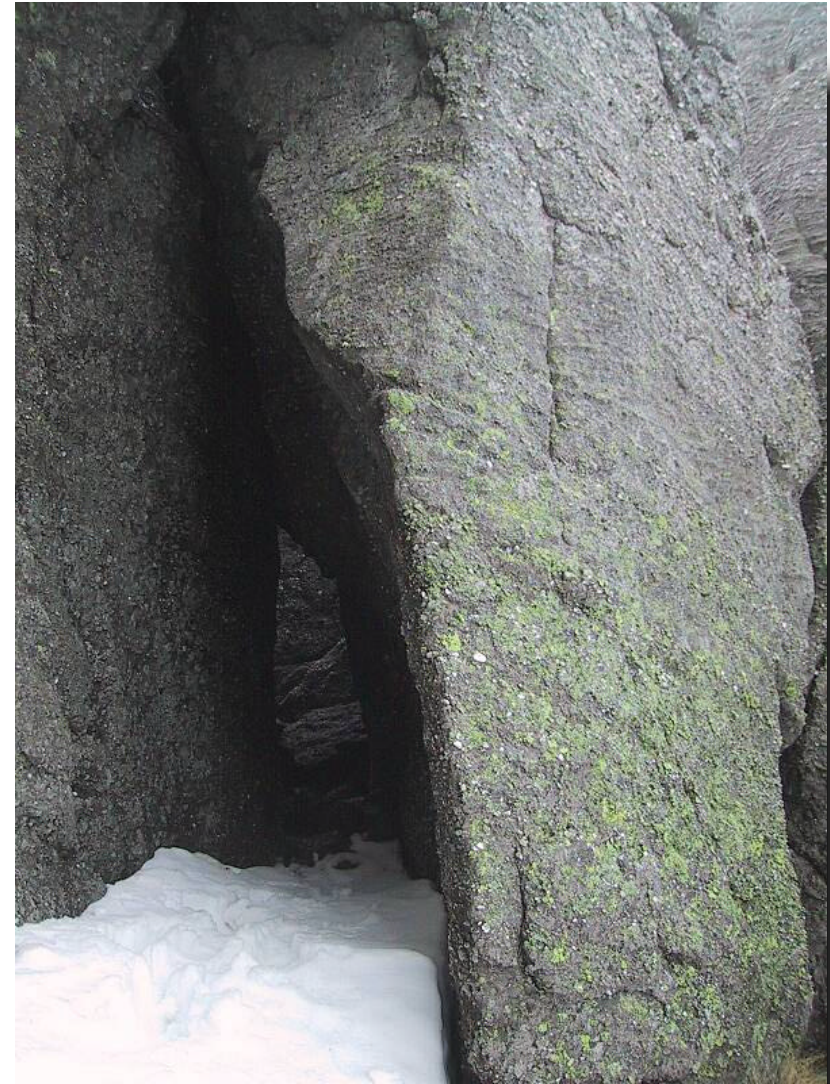
Mientras me calzaba crampones, casco y piolet, me ha alcanzado una pareja. El chico me ha abordado preguntándome si no era demasiado pronto para ponerse los pinchos, ya que la nieve no estaba tan dura. Les he invitado a acompañarme en la aventura y el mozo me ha confesado que él de mil amores, pero que su compañera bastante tenía con subir por la normal. Hemos quedado en la cima para que me enseñen el camino de bajada, ya que según he leído supone encontrar un paso secreto y yo no he estado nunca en este monte.

Les recuerdo perdiéndose en la niebla, mientras estaba un tanto nervioso en aquel canalón de unos 45° de inclinación sin ver dónde acababa. Acabó antes de lo previsto y el resto fue bastante sencillo. Sorteando rocas sueltas, suaves pendientes de nieve se iban enlazando unas con otras, hasta que en un momento dado apareció el buzón de la Cubada Grande.

Me había quedado helado en la cima mientras esperaba a la pareja. No tenía más ganas de comer, ni beber y como no aparecían, me encaminé hacia el lugar donde suponía el paso secreto. Pero por algo tiene el apodo de secreto y al no dar con el mismo empiezo a dar gritos, pues me ha parecido oír voces cerca de donde me encuentro. Tirando de pulmón me reúno con la pareja, cerca del paso



secreto. Ellos están asombrados de que haya subido tan rápido y yo de que a ellos les haya costado tanto. Casi me tengo que quitar la mochila para cruzar el paso y desde allí todo es cuesta abajo. A volar.



La trayectoria lógica en estos casos hubiera sido ser fiel al lema que acuñó a fines del siglo XIX el sacerdote francés dominico Henri Didon, (amigo cercano del barón Pierre de Coubertin, padre de las nuevas Olimpiadas) "Citius, Altius, Fortius". Abbe Didon, visionó los juegos como un medio para alcanzar la grandeza espiritual a través de una competencia física. "Uno desea superarse a sí mismo, formar su cuerpo y espíritu para descubrir lo mejor de uno mismo", habría dicho el sacerdote.

No es que estuviera en total desacuerdo con el famoso educador, pero de la misma manera que no deseaba seguir las huellas de otros, sino hacer mi propio camino, tampoco me parecía apropiado el lema olímpico y creía posible descubrir lo mejor de mí mismo sin ir más rápido, más alto y más fuerte, ya que la montaña ofrece retos al nivel de cada uno. Tan sólo había que buscarlos, y para ello estaba empezando a percatarme de que no había que ir muy lejos.

Por otra parte, constato que el tipo de vivencia que me aporta la realización de este tipo de actividad en solitario, poco o nada tiene que ver con llevarla a cabo en compañía. A partir de esta salida, inconscientemente, busco que el menor número de obstáculos se interponga en ese diálogo que establezco con la montaña.

Se acaba de abrir una puerta, se está perfilando un estilo de hacer las cosas, que a veces dan la de cal y otras la de arena. Pero todo cuenta, aunque sólo sea por descubrir nuevos lugares en los que poner en práctica mi manera de ver la relación hombre-montaña, como son Orpiñas o el Cueto de la Horcada.

